

OPINIÓN



Emilio Ontiveros

Divorcio financiero

EN APENAS DOS AÑOS, las condiciones financieras han mejorado de forma significativa en la eurozona, pero no lo han hecho en igual medida sus fundamentos económicos. Esa asimetría es explícita en los países considerados periféricos.

El origen de esa mejora es la advertencia del BCE, el 26 de julio de 2012, de su disposición a hacer todo lo posible para evitar males peores a los ya observados entonces en Italia y España. Hasta ese día, además de los problemas propios de las economías rescatadas, en la italiana y en la nuestra se manifestaba en toda su extensión un "bucle diabólico" entre unos sistemas bancarios necesitados del dinero de los contribuyentes y la percepción del aumento de la deuda pública, del riesgo de insolvencia de los Estados. Como consecuencia de ello, las probabilidades de ruptura del euro aumentaron hasta niveles inquietantes. La deuda pública de esos dos países cotizaba en niveles impropios de economías avanzadas; por comprar bonos del Tesoro español con vencimiento a 10 años, los inversores llegaron a exigir un 7,5% de interés. El pronunciamiento de Draghi suavizó esas exigencias. Hoy esos mismos títulos representativos de una deuda pública española mucho mayor cotizan con un tipo de interés poco superior al 2,5%.

Lo que ha de inquietar son los riesgos que tratan de evitar los bancos centrales

La mejora se ha extendido a otros mercados de financiación privada, especialmente para aquellas empresas, financieras o no, capaces de acceder directamente a los mercados de capitales. Lo han hecho no solo aprovechando ese mejor tratamiento de los riesgos soberanos, sino la actitud favorable a la recuperación del crecimiento económico de la política de los principales bancos centrales del mundo. Incluso los mercados de acciones cotizan en sus alturas esa complicidad de abundante dinero y precios del mismo históricamente bajos. En la eurozona, la reciente flexibilidad del BCE encuentra una justificación adicional en la persistencia de la caída del crédito y una inflación peligrosamente baja, especialmente en aquellas economías que más han sufrido las consecuencias depresivas de la austeridad fiscal.

Ese comportamiento favorable de las variables financieras no es del agrado del Banco de Pagos Internacionales de Basilea, desde hace tiempo el principal crítico de la laxitud de los bancos centrales. Primero por el temor a la inflación y ahora por sus potenciales efectos sobre la estabilidad financiera. El divorcio entre unos mercados financieros eufóricos y los fundamentos de las economías es un hecho, pero no ha de inquietar tanto como los riesgos que tratan de evitar los bancos centrales. En realidad, a otra institución no menos influyente, el FMI, lo que le preocupa es que en ausencia de mayor agresividad del BCE, por ejemplo, en la eurozona domine el estancamiento y la deflación. Sin mayor crecimiento, tampoco podrán pagarse esas deudas públicas y privadas que tanto preocupan al banco de bancos. En esta ocasión, en realidad desde poco después de iniciada la crisis, Washington está más cerca de lo que conviene a la mayoría que Basilea. •

CAJERO AUTOMÁTICO por El Roto

La gran final



LA PUNTA DE LA LENGUA

La calle de la Estafeta invita a correr



Alex Grijelmo

LA CALLE DE LA ESTAFETA aparecerá esta semana en millones de televisores durante los encierros de San Fermín. Pero tal vez muchos españoles no recuerden ya lo que significa esa palabra, y algunos jóvenes ni siquiera la habrán oído.

La voz "estafeta" se usaba con frecuencia en España hasta hace apenas 30 años para designar las instalaciones donde se gestionaban la correspondencia, los paquetes o los giros (el envío y recepción de dinero en metálico). Ahora disponemos de redes de comunicación más avanzadas que nos afean de tanto desplazamiento personal, y aquellas viejas estafetas se han convertido en modernas "oficinas".

La calle pamplonesa donde se instaló en el siglo XIX la primera estafeta de la ciudad nos recuerda cada mes de julio la existencia de esa palabra y su curiosa vinculación con el correo... y con la velocidad. Y, ya puestos, también con los caballos.

El sistema postal siempre tuvo relación etimológica con la rapidez, aunque la de entonces nos pareciera ridícula ahora.

El "correo" humano que trasladaba cartas y mensajes en tiempos remotos se desplazaba corriendo, y por eso se emparentan el sustantivo y el verbo: correo, correr. En esa estirpe de términos hallamos "carretera", y "curso", y "cursar"... y "currículo" (una "carretera", pues la palabra procede de la modestia de quien presentó el prime-

ro). Y "cursor" ("corredor" en latín). Todo ello gracias al verbo latino *curro* (participio, *cursum*) y a su ancestro indoeuropeo *kers*.

Los correos que corrían de un lado a otro fueron mejorados luego por la estructura postal, que ya no se basaba en las piernas sino en las patas. (Por ahí nos vamos acercando a la estafeta). Los caballos recorrieron grandes distancias con el sistema de *posta*, palabra que en su día tomamos del italiano. Se desarrollaba así una carrera por relevos para llevar las cartas a su destino.

El sistema postal siempre tuvo relación etimológica con la rapidez

Cada dos o tres leguas, un equino era sustituido por otro *apostado* en el camino, gracias a lo cual el jinete *repostaba*.

El mundo del caballo nos trajo también la pieza metálica "estribo", palabra castellana de presumible origen germánico que significó "apoyo". Pero al "estribo" se le dice en italiano *staffa*, término que proviene a su vez del indoeuropeo *stebh*: "pisar", "apoyarse" (de ahí sale *step* en inglés: "paso"). Y el italiano escogió la expresión *correre a staffetta* (a partir del diminutivo de *staffa*: "apoyo pequeño") para diferenciar el correo pedestre del correo en caballería.

El hecho de que aquellos animales con sus estribos se fueran reemplazando en los caminos originó incluso que la voz *staffetta* designe en italiano las carreras de relevos (*staffetta 4x100 metri*), a las que nuestro idioma aplica a su vez el vocablo "posta" ("el mejor velocista corre la última posta"). Y "estafeta" se llama precisamente en el español de algunos países de América al testigo que se van pasando los relevistas.

Las palabras parecen relevarse también entre ellas al transportar un significado.

(Por cierto, el verbo "estafar" procede igualmente de *staffa*, según Corominas y Pascual, pues el engañado pierde el estribo y pisa en falso).

Así pues, de los caballos y de sus carreras heredamos hace siglos la estafeta, las postas y el repostaje, y el correo postal, y el nombre de la calle de Pamplona por la que a partir de mañana correrán mozos y mozas que se dan relevos para conducir a los toros hasta la plaza.

Otras vías de ciudades españolas se llaman también "de la Estafeta" o "del Correo", en atención a esas oficinas. Y en las localidades vascas la "calle del Correo" suele mostrar en el letrero indicativo su equivalente en euskera: "Posta kalea", que ustedes, si han llegado hasta aquí, ya saben de dónde viene.

Este breve relato constituye sólo una parte de la vida del correo. Su historia, sus carreras y sus prisas (su etimología) se siguen desprendiendo de nuestras bocas, sin darnos cuenta, incluso cada vez que hoy decimos "te envío un correo" o "dame tu correo". Si usted prefiere decir *e-mail*, no pasa nada. Pero no hay ninguna calle del E-mail en Pamplona. •